

La organiza-
ción obrera es
una roca contra
la cual se estre-
llan los enemi-
gos del proleta-
riado.

EL ESFUERZO

Toda corres-
pondencia e im-
presos dirijase
al Director Mi-
guel A. León.—
Calle Bulnes

ORGANO OFICIAL DE LA FEDERACION OBRERA LOCAL

AÑO III.—NÚMERO 118.—CALLE BULNES

(CHILE)

(A los socios en el campo se reparte gratis)

Del momento

Una vez más, los trabajadores organizados de la región de Magallanes, van a librar la batalla anual, con los Gerentes de las Sociedades Ganaderas de este territorio, la cual tiene por objeto conseguir un mendrugo más de pan para ellos y sus hijos.

Los trabajadores, del campo principalmente, ganan sueldos irrisorios, que no les permiten atender, moderadamente siquiera, al sosten de sus familias, debido al encarecimiento de la vida en los últimos tiempos. Y es por esto, que se han visto en la imprescindible necesidad de pedir un pequeño aumento en sus jornales, petición que no es exagerada, pues no pasa de un diez por ciento en algunos y un veinte por ciento en otros pocos; lo que esperamos, que los señores Gerentes, después que tomen en cuenta lo razonable de las peticiones de los trabajadores, accedan a ellas sin obligarlos a tomar determinaciones de otra índole que podrían ser perjudiciales para ambas partes.

Si llegáramos a comparar los actuales jornales, con los que hacen diez años pasados se ganaban, veríamos que no guardan relación con el alza de los artículos de primera necesidad; como ser comestibles y ropa, que son indispensables en estas heladas regiones, para el sustento y el abrigo de sus pobladores. No es menos cierto tampoco que anteriormente se pagaba a razón de libras, casi todos los trabajos que se efectuaban en la región, y que comparado esto a los jornales actuales y debido a la depreciación de nuestra moneda, llegamos a la conclusión que hoy en día se gana menos que hace diez años, como decíamos más arriba.

Para darnos una idea exacta de lo que afirmamos, no hay nada más que tomar como base a los esquiladores; según tenemos conocimiento en 1916, éstos ganaban veintidos chelines por el ciento de animales esquilados, que darían hoy, como está nuestra moneda, cuarenta y cuatro pesos más o menos; ese mismo trabajo se paga hoy en día a treinta pesos de nuestra moneda. Lo que decimos de los esquiladores lo

podemos decir de todos los demás trabajadores, pues, se encuentran en idénticas condiciones y es motivo sobrado para que éstos se hayan determinado a hacer las peticiones actuales.

Toda la Organización en Magallanes debe ponerse de pié para hacer valer las razones anteriores, con el fin que se mejore en algo siquiera la situación por demás crítica del asalariado de esta región.

Siguiendo la norma anterior, la Federación Obrera de esta localidad, ha enviado dos delegados a Punta Arenas, autorizados para que discutan y firmen en su nombre los pliegos de condiciones de campo, para la faena venidera, y confiamos que su cometido lo desempeñarán según las instrucciones dadas.

Esperamos que los trabajadores todos, una vez más han de dar pruebas de su solidaridad y sostener como hombres sus peticiones, demostrando con ello que son justas y razonables, y estar dispuestos en caso de ser desoidas a ir hasta donde sea posible o las fuerzas de las circunstancias lo permitan para hacer triunfar nuestra causa.

Acuerdo

La Organización Obrera de esta localidad, por acuerdo unánime de todos los Sindicatos que la componen, ha tomado la determinación siguiente: Que la propiedad que esta Organización posee en este pueblo, y que de hecho pertenece a todos los trabajadores organizados a ella, de cuya propiedad es representante legal el camarada Miguel A. León, pase en las mismas condiciones a nombre del compañero Pedro López, quien en adelante será el tenedor de este bien raíz de todos los trabajadores organizados.

Queda entendido que este camarada, como hizo el anterior, no podrá hacer ninguna transacción por sí con la mencionada propiedad, sin antes tener la autorización por escrito de todos los Sindicatos que componen la Organización.

Para hacer efectivo este acuerdo, los compañeros nombrados se han trasladado a Punta Arenas con fecha 4 del presente.

J. AGUILAR
El Secretario General.

Resultado de la gira al campo

(Conclusión)

El Martes 5, continuamos marcha hacia Laguna Azul, estancia donde llegamos a las 4 P. M. Está como encargado de ella el señor Fidel Camus, a quien nos presentamos para solicitarle permiso y darle a saber en lo que andábamos.

Una vez obtenido dicho permiso, fuimos con dirección a la casa de los obreros, en espera de la llegada de ellos, para exponerle el motivo de nuestro viaje. Desgraciadamente, eran solo tres los trabajadores en esa estancia y uno que estaba enfermo. No obstante el escaso número, les hicimos ver el proyecto del convenio y manifestaron estar de acuerdo con las peticiones; pero nosotros encargados de la Comisión, no estábamos conformes en las condiciones que ahí se trata a los obreros y vamos a ser francos en decir lo que hemos visto.

La casa de los obreros, no puede ser habitación para seres racionales; esa es una ratonera, una «covacha» inmundas, de lo peor, que nuestro criterio de obreros no nos dá para darle el nombre que verdaderamente merece. Por las paredes penetra el aire en donde quiera que uno esté; los departamentos sucios, los camarotes con un olor insoportable a cueros podridos y otras inmundicias que sería largo enumerar. ¿Qué tal? Esta es una estancia de Braun y Martínez, cuyo principal socio, señor Braun, uno de los millonarios de la Patagonia, tiene a sus obreros en pocilgas más sucias e inmundas que la pesebrera donde maneja caballos o vacas. ¿No se darán cuenta estos señores, que los obreros a quienes tienen en esas asquerosas casas, son los que día a día les están amontonando millones y millones? Sí, se dan cuenta, pero desgraciadamente son chilenos los obreros que le trabajan, que si fueran extranjeros, sobre todo europeos, aunque fueran unos «atorrantes» de primera fila, les tendrían quizás un chalet.

Además, en esa estancia y también en las otras de la misma firma, hacen caso omiso del pliego de condiciones, haciendo trabajar a los obreros nueve horas

diarias, no le respetan el medio día Sábado y en tiempo de esquila, hasta el día Domingo; naturalmente, si llega el caso que un obrero reclame sobre estos abusos, lo mandan con viento de zuela en popa, a otra parte. Sin embargo, debemos dejar constancia, que el actual encargado señor Camus, sabemos que es más humanitario con los trabajadores, no así el socio industrial Martínez, que según dicen, es un segundo Nerón.

Habiendo dado nosotros este dato, sobre los abusos que se cometen en esa estancia, con los obreros, desearíamos que nuestras palabras llegaran hasta la persona del señor Braun, como principal socio, para que tomara nota de esto y veríamos con agrado, que este señor tratara de mejorar la vida de los obreros, haciéndole presente que cuanto nosotros digamos, queda chiquitito ante la realidad.

Este fué el punto de término de nuestra gira, regresando de ahí a Guido y en seguida a Castillo y Natales.

Resultado: nuestra gira ha sido de provecho, porque los trabajadores de campo aunque eran pocos en esa época, han manifestado estar de acuerdo con las peticiones para el año próximo dispuestos a sostener lo que se solicita.

Nosotros, venimos muy contentos del aprecio con que se nos ha tratado en el campo y particularmente de los camaradas de Cerro Guido.

Damos a continuación la lista de los obreros que ayudaron voluntariamente, con algún dinero, para el viaje de los delegados a Punta Arenas.

CERRO GUIDO

Luis A. Romo	\$ 10.—
Manuel Barría	5.—
Antonio Miranda	5.—
Juan Triviño	5.—
C. Caballeri	10.—

CASTILLO

Pedro Chávez	10.—
Matías Cárcamo	5.—
Silveste Bahamonde	12.—
Samuel Morales	5.—
Rodrigo Dalles	5.—
W. Bukanan	5.—

\$ 77.—

La Comisión.

La mayor de las conquistas



La civilización, en medio de los progresos que ha realizado, llevó a cabo, conquista tras conquista, la idea del derecho, de la libertad.

Convencidos los hombres de que la tiranía tanto es obra de los que la sufren como de los que la imponen, los vemos moverse, agitarse, luchar contra la esclavitud de las leyes y del salario, del fanatismo, de las costumbres y de las necesidades, y más fácilmente se podría impedir el curso de los grandes ríos que el de esta fuerza poderosa que representa el sentimiento de dignidad y que acicatea al hombre para la lucha por la conquista de la libertad.

Pero en medio de estas agitaciones, de esas luchas, de esos movimientos que amenazan destruir el pedestal, de despotismos y esclavitudes que nos legaron las generaciones pasadas, falta un combatiente, el que con mayor seguridad acertaría en el blanco, el que sin armas materiales llegaría a romper el espectro de cualquier tirano, el que daría lugar al hombre a realizar la más esencial, la más gloriosa de sus conquistas, a alcanzar la más completa emancipación: falta la mujer. ¿Por qué, por qué,—preguntará alguien,—siendo un ser, y quizá el más esclavo de todos, se conserva en la ignorancia de sus derechos y de los derechos de los demás, vive en la indiferencia, olvida que es hija, esposa y madre de los que mueren combatiendo a los tiranos?

El canciller Mampocou que negó redondamente la aptitud del bello sexo para ciertas materias, diciendo que «las mujeres no entienden a ese respecto más que los gansos», y aquel duque de Wuttemberg que contestó a las razones que se atrevió a darle su mujer sobre si debía o no declarar la guerra a Suecia, «Señora, la he tomado para tener hijos y no para darme consejos», formula el perfecto diagnóstico de la enfermedad que padece la sociedad, señalando como consecuencia fatal que ese modo de pensar del hombre y ese vicioso modo de proceder, no podían dar otra relación al progreso, visto, como decía el doctor Salamend, ser todo eso un germen de enfermedad y de muerte prematura, porque no hay que dudar ni que objetar: sin la mujer libre, sin la mujer emancipada el progreso social no será más que una suma de progresos individuales, hijos raquíuticos de penoso desarrollo.

¿Qué es lo que deberá hacer el hombre que trabaja, que se

agita, que lucha para alcanzar su emancipación? Levantar primero a la mujer que vive completamente separada de él, interesarla en todas las manifestaciones vitales de la sociedad para que no viva en la ignorancia y en el parasitismo, sustraerla de la pernicioso compañía del jesuitismo que se aprovecha del poder que ella ejerce sobre el hombre para dominar la sociedad, adormecer las generaciones y entorpecer la marcha del progreso, y hacerla prácticamente igual, y... entonces, en el sello de la confianza y de la despreocupación, suavizados los rigores del período militante del mal proceder del hombre, rotas las cadenas de la servidumbre, hermanados todos por los atributos de derechos que dimanen de una organización perfecta, reguladas las necesidades humanas, el hombre, al alcanzar la libertad de la mujer, habría conquistado su emancipación, habría puesto trabas a la tiránica brutalidad del déspota y habría derrumbado todas las esclavitudes. No hay que dudarlo: la mayor conquista del hombre es emancipar a la mujer.

SOLEDAD GUSTAVO.

(De «Tribuna Livre» de Bagé—Brasil).

Nota de R.—Nos es siempre muy simpático ver disertar a las compañeras sobre problemas generales de propaganda y, sobre todo, sobre los que directamente atañen a ellas.

Hemos transcrito este artículo de Soledad Gustavo, no porque estemos plenamente de acuerdo con su tesis,—puesto que no nos satisface que la mujer pida libertad al hombre, cuando debe ser ella la que, enfrentándolo, se la exija, se la arranque y se la conquiste,—sino porque de él pueden sacar consecuencias, primero las mujeres que no deben conformarse con el papel de esclavas, y, los hombres que tienen la obligación moral de ayudar a sus madres, hermanas o compañeras en particular y a todas las mujeres en general a libertarse de la tutela que sobre ellas se ha querido ejercer siempre.

La mujer ni es superior ni inferior al hombre, es igual a él y, so pena de cometer un atentado de lesa humanidad, debe ser tratada con las mismas consideraciones y respetos con que los hombres deseamos ser tratados, no debiendo olvidar que siendo ella, por ser madre, la que más en contacto está con los niños, no podrá educarlos de-

bidamente si está imbuída de prejuicios y supersticiones.

Desearíamos que las compañeras perdiesen el miedo a escribir y vertiesen en la prensa anarquista sus ideas sobre los miles problemas de la vida.

—:o:—

El trabajo

La humanidad prosigue su camino dividida en dos grupos que se codean sin poder unirse, que se estudian sin poder entenderse y que terminan por odiarse.

R. DUMIC.

Tomemos como punto de apoyo este pensamiento de Dumić, para asentar sobre él una nueva filosofía, la filosofía del trabajo:

¿Qué mayor porvenir para una humanidad nueva, que las enseñanzas de una historia llena de sangre, de horrores, de dilapidaciones absurdas, vejámenes, usuras, usufructuaciones, rencores, odios, pasiones monstruosas, falsos deseos, malos apetitos, vicios, prostitución y falsedades? La humanidad, doloroso es confesarlo, no ha podido hasta el presente entenderse, porque no ha sacado de la historia la enseñanza necesaria. La humanidad «vió» en el César, más que en sus derechos; idealizó al hombre y a su obra. Error funesto, que ha ocasionado un enorme peso para los humanos seres: el peso de un poder, el peso de la justicia, el peso de las costumbres, el peso del régimen. ¿Quiénes han soportado tantos y tantos errores, tantos y tantos pesos...? ¿La humanidad...? ¡no...! Sólo una parte de esa humanidad: la esclava, la desposeída, la llena de deber y falta de derechos, la pobre humanidad envejecida a fuerza de dolor y de miserias...

La otra parte no ha sufrido nada, no ha visto nada, no ha sentido nada; sólo asistió al bautismo de nuevas generaciones para darles un nombre nuevo a las viejas infamias y a las malditas tradiciones.

En todos los tiempos los dueños de algo terrestre justificaron su propiedad por medio de leyes coercitivas basadas en un poder imaginativo absurdo; una idealidad dogmatizada, un poder divino. Demasiado sabía el César que todo cuanto poseía, pertenecía al trabajo, al esfuerzo en común y ellos, los Césares de todos los tiempos, jamás trabajaron. Todo lo más que hicieron fué llenar la historia humana de pobres y ricos. Hoy después de veinte siglos con una historia así, llena, en su mayoría de asque-

rosas páginas, vemos que la humanidad puede escribir una nueva, donde el sable y la cruz, aparezcan separadas de la pluma y el hombre, del genio y sus obras. Esta desunión de la humanidad servirá aún por mucho tiempo para mantener la fuerza del poder sobre el genio creador, pero tengan entendido los que aún no quieren a sus semejantes tal cuales ellos son que el trabajo se impondrá a todas las fuerzas imaginativas, y a todos los poderes coercitivos, porque el trabajo es en sí la única y real fuerza demoleadora y creadora a la vez de un porvenir de unión y fraternidad entre los pueblos que hoy lloran sus errores. Ya no le arredra al hombre el ronquido de los truenos ni el relampaguear de los rayos, no; sabe muy bien su procedencia, sabe evitarlos, dirigirlos, aprovechar de sus fuerzas, como de las iracundias del viento, y convertirlas en músicas divinas y productoras. Rasga los bellos celajes de una bellísima aurora y se lanza al espacio con potentes alas y asusta a los mismos dioses que varios siglos atrás le atemorizaban tanto. Va y viene, interroga, observa, analiza, profundiza en el misterio de antaño y en vez de huir acobardado ante una muerte fría y blanca que lo espera tras de cada minuto, de cada porción de espacio llamado segundo, sonríe y vuela. Avanza... Avanza... Lo que antaño tanto lo dominaba, hogaño lo domina él. No hay tal misterio, dícese el hombre sereno y pensativo a la vez, hay un espacio sin límites abierto a todas las luces. Conozco metro por metro la profundidad de los mares, sus anchuras, sus grandes márgenes, sus dilatadas dimensiones; conozco las extensiones de tierras aptas para su cultivo, aquellas frías regiones polares donde el sol casi no llega; conozco las corrientes favorables y desfavorables de los vientos y por entre ellas paso rompiendo con mi intrepidez las marañas misteriosas de una ignorancia cruel y pesada; sé positivamente de donde vine, que fui, que soy, a donde voy...

¿A dónde voy? Sí, también lo sé. Voy hacia un mundo de armonía, de belleza, de amor; hacia ese mundo de hermanos donde se cantarían loas al trabajo.

¡Ah! el trabajo es tan bello, tan armonioso...! que a él tan sólo le debemos todo. El nos da vigor, salud, expansiones, distracción; nos hace virtuosos, sosegados; nos mantiene serenos, sonrientes, expresivos, tratables, expansivos; ahuyenta las pasiones, los feos vicios; nos entra por los ojos y nos inunda de imágenes, nos facilita la agilidad y la gracia necesaria para ajustar las diversas herramientas a la obra a ejecutarse, nos absorbe, nos distrae, nos pulsa, nos pone a prueba, y para que en alegrías, no

estallemos, nos pone de mal humor, enojadísimo, insoportable, cuando pensamos que esa labor en la que ponemos nuestra alma, no sirve para el bien común, va solo a beneficiar a esa otra parte de la humanidad de que hablaba más arriba.

Sí, sí; hermoso es el trabajo cuando el que lo ejecuta pone en él toda su alma de artista, más para que el trabajo tenga todo el encanto aquí vivido, es necesario que sea tan libre como libre sea el hombre, que no pertenezca a nadie, ni aún a su propio autor. Es un poco dura la condición; pero debe ser así. Yo no quiero más propiedad que mi vida, pero dentro de la vida he de estar en continuo trato con

mis semejantes.

¿Qué le parece, respetable Domic?... ¿Podría la humanidad unirse, asociarse al propio bien, entendiéndose y amándose?

Sí, creo que sí. Sólo hace falta que los que piensan y los que escriben, no se preocupen sólo de sus egoísmos o de los de su casta y que en cambio abran el corazón para saber querer y amar a los desposeídos, porque el odio no existe en los que sufren, que si así fuere, como lo son los más, hubiesen destrozado a los detentadores de la riqueza que son los menos.

J. VERA.

—:o:—

Una asamblea modelo

Presidente.—Ya conocen los compañeros la orden del día, así que rogaría a todos, para evitarnos discusiones inútiles, pusiesen de su parte la mejor buena voluntad. Los camaradas tienen la palabra.

—Antes de tratar los asuntos que figuran en la orden del día, pido la expulsión de X.

—Camaradas: cuando se pide la expulsión de un compañero...

—Compañero suyo, que mío no.

—Está bien. Decía que cuando se pide la expulsión de un compañero, es necesario explicar ampliamente a los asambleístas las razones que existen para ello.

—Es un cismático, enemigo de la organización.

Presidente.—Téngase muy en cuenta la manifestación del compañero. Yo, por mi parte, acuso, camaradas anarquistas, al obrero X...

Acusado.—Pido la palabra.

—Que se calle ese inmoral.

Presidente.—Decía que yo acusaba a X de ser un elemento peligrosísimo para nuestras instituciones.

—¡Es un cismático! Hay que expulsarlo de nuestra organización. Está probado que es un inmoral y, por lo tanto, no se le debe dejar hablar.

Acusado.—¿Me anotó la palabra el compañero que preside?

Presidente.—Tenga a bien X de no llamarme compañero. (Risas en unos; indignación en otros).

Varios.—¡No, no, no; que no hable! ¿Qué viene aquí con defensas! ¿No le da vergüenza pedir la palabra?

Acusado.—No; ni me da vergüenza de pedir la palabra, ni me amilanan vuestros escándalos. Lo único que me produce vuestra actitud es una mezcla de repugnancia y de pena. Repugnancia porque os veo...

—¡Eh, eh! ¿Qué se calle, que se calle! ¡Fuera, fuera! (Silvidos,

patadas, gritos, insultos, etc.).

Presidente.—(Dando golpes sobre la mesa y tratando de restablecer el orden). Con lo que yo he dicho, es lo suficiente para expulsarlo.

—Quien preside sólo ha dicho que X es un cismático y un inmoral, pero yo quisiera que me probara que eso no es sólo una afirmación antojadiza.

Varios.—¡Es un enemigo de la organización, un conspirador contra nuestras instituciones!

—Facilísimo es decir todo eso y aún quizás yo lo podría afirmar de vosotros con bastante conocimiento de causa, pero...

—Que se calle ese abogado; nadie le dice a él nada.

Presidente.—¿Qué puede decir de nosotros? Vamos a ver. Hable.

—¡Ah! ¿Le pica que se hable sobre vuestros procederes? Pues lo mismo debía molestarle tratar de expulsar a X sin escucharlo y aún sin acusarlo, puesto que obrando así os constituís en tribunales más horribles y más inhumanos que los tribunales burgueses.

—Ese es otro cismático; por eso defiende a X.

—Que se deje de tribunales y de tonterías. Al grano, al grano.

—Grano es el que te debía salir en la punta de la lengua para que dejases razonar. Decía...

—¡Que se calle!

—No quiero. He de hablar. No os gusta la comparación y he de hacerla. Los tribunales burgueses dan facilidades al acusado para que se defienda, aunque ya de antemano esté echada su suerte; vosotros, con estos infames procederes, os constituís en una especie de «tribunales anarquistas» que, haciendo añicos a la libertad, denigran a las ideas con las que cubrís vuestras maldades.

—Bueno; ya largó lo que quería. Ya está satisfecho el abogado. Ahora sigamos tratando lo de X.

Presidente.—(Dando golpes sobre la mesa; no pudiendo dominar el tumulto se sube encima de ella). Compañeros, compañeros... Siéntense y vamos a continuar. Los que aman a la organización han de tener presente las provocaciones de los irrespon-

Presidente.—Creo que el asunto está bien aclarado. X no se defiende de los cargos que se le hacen...

Voces.—¡Falso, falso! No queréis que hable.

Presidente.—... por lo tanto voy a leer una moción que ha llegado a la mesa y que dice así: «Hago moción para que el individuo X sea expulsado de la organización por cismático e inmoral, visto que no ha podido levantar los cargos que se le han hecho...»

X.—No puedo consentir de ninguna forma que se mienta de esa manera. Todavía, tranquilo y pacientemente, espero que lancéis una acusación en mi contra y sólo os entreteneis en demostrar vuestro sectarismo y vuestra fobia para los que no se os someten. ¿De qué me acusáis? Hablad, que estoy dispuesto a escucharos y a acusaros, probándooslo, de farsantes y políticos. Los que como vosotros obran...

—¡Que se calle! ¡Fuera!

—¡Que se vote! ¡Que se vote!

—Hago moción para que se siga discutiendo y para que hable el compañero que acusáis.

Presidente.—Hágala por escrito.

—Por escrito vá. Tómela.

Presidente.—Vamos a poner a votación las dos mociones. Los que...

—(Se levanta airado dirigiéndose al que preside). Parece mentira que pongas a votación semejante moción. (Dirigiéndose a todos). Eso no se puede votar. Eso no se puede aceptar. Ese individuo que pertenece a una agrupación derrotista, no debe estar entre nosotros ni un minuto más. Si tuviera vergüenza ya se hubiera ido.

—Ya apareció el embuchado. X pertenece a «Nuestra Palabra», ¿no es eso? Hablad claro.

—Aunque me acusáis de abogado y ya que así lo queréis, en carácter de componente de «Nuestra Palabra», os desafío a que hagáis acusaciones en contra de esa agrupación.

—No queremos discutir.

—Eso quisiérais vosotros que os diéramos piolita. No lo habéis de lograr. Con los irresponsables no discutimos.

X.—¡Camaradas!

—¡Fuera, fuera! ¡A la calle! ¡Que se vaya! (Recrudescen los silvidos y los gritos).

X.—¡Compañeros! (Se arma una batahola ensordecedora y se oyen gritos: ¡Que no hable! ¡Que se vaya! etc. Casi todos están subidos en los bancos. X, subido también en un banco, continúa impasible, mirando a todos lados y con deseos de hablar).

Presidente.—(Dando golpes sobre la mesa; no pudiendo dominar el tumulto se sube encima de ella). Compañeros, compañeros... Siéntense y vamos a continuar. Los que aman a la organización han de tener presente las provocaciones de los irrespon-

sables que lo único que desean es que nuestra organización desaparezca. Vamos a votar. A ver; los que...

X.—¡Compañeros!

—¡Cállese! La asamblea no quiere que Ud. hable.

X.—Quién no quiere que hable es Ud.; pero he de hablar.

Compañeros,—y esta exclamación cariñosa y de concordia va dirigida a los que la quieran aceptar, porque en ella va puesta mi alma.—Compañeros, digo. No os ofusquéis; no déis lugar a que muera en vosotros lo mejor y lo más noble de vuestros sentimientos, para dar paso a la bestia. Serenaos. Sed hombres.

Yo estorbo. Lo sé. Y no estorbo a la organización, a la que quiero y defiendo, sino que estorbo a ciertos hombres inexcrupulosos que a la sombra de la organización quieren medrar. Mas estos hombres han movido sus huestes (murmillos) inconscientes y unos y otros se entregan a una ruín tarea de destrucción que no puedo tolerar sin alzar mi voz de protesta.

No quisiera que por mi causa, —que de ello me recriminaría siempre,—ocurriese en esta o en otra asamblea algún hecho vergonzoso de los que se suceden con demasiada frecuencia.

Nadie me acusa. Nadie es capaz de acusarme. Yo sí puedo acusar a casi todos los que acaban de escandalizar y, sobre todo, a los inspiradores, a los jefes espirituales de que estos escándalos se produzcan. Contra estos jefes y contra estos soldados del escándalo, se levanta la Agrupación «Nuestra Palabra». A ella voy a dar mis energías, mi vida, si fuera preciso. Desde élla, sin que me amilanen desplantes matonescos, he de fustigar a los malos y he de tender mi mano a los desheredados. Esto que vosotros defendéis, está corrompido y aunque quería ayudaros a los de buena voluntad a sanarlo, visto que a algunos les gusta vivir entre pútridas emanaciones, los dejo tranquilos y me voy, antes que me acostumbre a respirar estos gases pestilentes o antes que me asfixie esta atmósfera que se va haciendo irrespirable. Y antes de irme a luchar por la anarquía, he de decir a los que me quieren expulsar de la organización, que no podrán jamás presentarse como anarquistas a los trabajadores, porque serán desenmascarados y presentados como vulgares e inferiores políticos.

Ahora expulsadme. Salud. X. abandona el local, saliendo detrás de él varios trabajadores. En la asamblea quedan muy pocos hombres).

—¡Ya se desahogó! ¡Que le aproveche el cisma!

—Ya estamos tranquilos; ahora podemos votar.

—Ahora no se puede votar. Los compañeros se han ido.

Se habrán ido los compañeros suyos, porque casi todos eran

palabristas.

—Pero de todos modos con quince que quedamos, no podemos tomar ninguna resolución.

Presidente. — Los que se han ido no deben interesarse mucho por el gremio.

—Se han ido porque les da asco en la forma en que procedéis.

—Si a ti también te da, déjalo tranquilo y vete a hacerle compañía.

Presidente. — Bueno. Se va a votar. Los que estén por la expulsión de X que hagan la señal de costumbre... Uno, dos... diez, once.

Los que estén de acuerdo en que dentro del Sindicato siga haciendo obra derrotista... Uno dos, tres... ¿Tres solo? Tres.

Bien X. queda expulsado. —Y vosotros gozosos, —Y tú muriéndote de rabia.

—Los únicos que sienten rabia son los desgraciados como tú.

—Los cismáticos no sienten rabia porque son cobardes.

—¡Toma! (Una bofetada y un tumulto. La patota cayó encima del palabrista rezagado. Mutuos arañazos. Al salir a la calle un tranvía de la línea 5 había atropellado a la Vergüenza y la llevaban al Ramos Mejía. Quién sabe si se salvaría).

Por el secretario de actas.— Juan Zamora.

(De nuestros canges)



LA PAZ

La tiranía de una fuerza indetermiada y terrible, me arrastra hacia la cumbre de montaña siniestra. Un automatismo violento movía mis piernas como las bielas de una máquina, haciéndome seguir por desfiladeros vertiginosos con el ritmo audaz de los sonámbulos. El presentimiento de un suceso inaudito ocupaba mi razón, y únicamente el instinto cuidaba de mis pasos.

De repente—al llegar a una gris encrucijada, oí un espantable, negro rugido, tan monstruoso, que no le igualara el aullar de todas las bestias del mundo. Y después, oí una ronca, amarillenta risa que atravesó los aires y la piedra, y hendió mi cerebro como una cuchillada.— Me detuvo el terror, y apenas alcancé a ocultarme en una oquedad de los peñascos.

Entonces aparecieron monstruos de la Muerte y de la Guerra.

¡Hermanos! Os voy a contar las palabras que dijo la Muerte. Pude entenderlas porque los monstruos poseen el secreto de

las voces universales, ininteligibles e ininteligibles, y esa vez hablaba el lenguaje del hombre. Desde la altura en que nos encontrábamos se dominaba un panorama inmenso. En el valle se divisaban grandes ciudades envueltas en la bruma. La Muerte hizo un vasto ademán, y señalando aquellas ciudades, habló así.

Vieja amiga Humanidad, si comprendo que estés algo fatigada; comprendo que necesitas un ligero reposo. Pues bien, te lo concedo. Ya le he dicho a mi bestia favorita que cese de aullar. Le he dicho: «Guerra mía, aunque sé que aborrecos la guerra, es necesario una tregua. ¿No piensas, mi buena compañera; que este DESCANSO de los hombres es útil, es indispensable en nuestros planes? Porque su REPOSO, más aparente será que real. Durante la paz, ella se fortalecerá de nuevo. MI hermano AMOR le dará nuevos hijos, quizá más numerosos que los que devoramos en el reciente festín. Esperaremos que crezcan, que se hagan viriles y hermosos, que lleguen a la florida adolescencia, a la ardiente juventud, y entonces... Entonces tú ya sabes: será más suculento nuestro próximo festín. Pero entretanto, cuida y afila tus dientes admirables y tus garras magníficas.»

Así le he dicho. ¡Oh vieja amiga humanidad!, a mi bestia fiel. Ya se va a retozar por las selvas avernales, mientras tú vuelves a tu prodigioso destino de inútil paridora, de infatigable y estéril paridora...

Mas, no creas que Yo, durante esta época permaneceré inactiva. ¡Qué diablos! Bien sabes que sería imposible. Para recorrer tus campos y ciudades, elegiré otra bestia, eso es todo. Montaré la «Peste», por ejemplo. Quizá camine con más lentitud, pero posee igual firmeza para no tropezar jamás.

Estas fueron las palabras de la Muerte. Después, vi llegar el nuevo monstruo: de pelambre amarilla, hirsuta, con inmensas fauces, era ciego y su caminar oblicuo.

¡Oh hermanos! Descendí, tambaleando, la fúnebre montaña, quemadas mis pupilas por la visión, mis oídos traspasados por las palabras. Descendí a reunirme con vosotros, hermanos. Entré en la ciudad por el viejo arrabal. Pero un vasto campo crucificado, una sucesión infinita de blancas cruces simétricas, sobre las cuales reían, flameaban, danzaban, policromas banderas, renovó, hizo más espantosa mi angustia. Huí mis ojos de aquel terriblemente LIMPIO cementerio de guerra. Seguí caminando por vuestra ciudad, Hermanos, y antes de caer de bruces en el arroyo, todavía debí mirar, allá en el

campo de Marte, el desfile de pendones y soldados victoriosos, cantando los cantos triunfales de la guerra!

Aviso

Dn. SANTIAGO TORO LORCA

— Abogado —

Punta Arenas, Calle Chiloe 1044, al lado del Registro Civil.

— Consultas gratis de 10 a 12 a. m., y de 1 a 5 p. m. Preferente acogida para los obreros.

Procurador D. Luis A Cevallos

En esta Imprenta se encuentra correspondencia para Francisco G. Uribe, Delfin Ojeda Ruiz y Daniel Maldonado.

Camaradas. I

El que desee suscribirse en «Insurrexit» puede pasar a nuestra Dirección.

CAMPO SINDICAL

CONSEJO ADMINISTRATIVO

Pone en conocimiento que sus reuniones se efectuarán todos los Miércoles a las 8 p. m.

El Secretario General.

SINDICATO DE METALURGICOS

Este sindicato tiene reuniones el 2o y el último Jueves de cada mes, a las 8 p. m.

El Secretario.

SINDICATO CARRETEROS

Este sindicato tiene reuniones el primer y tercer Domingo de cada mes a las 10 A. M.

NOTA:—Se avisa a los afiliados que faltan a tres reuniones serán castigados dentro del Sindicato.

El Secretario.

Sindicato de Rasqueteros y Similares

En su última reunión acordó este Sindicato, que desde la

próxima asamblea, asistan todos los rasqueteros y similares con sus respectivas libretas, especialmente los radicados, para tomar la nota que corresponde.

El Secretario.

SINDICATO DE CARNICEROS

El Sindicato de carniceros tendrá reuniones cuando lo crea conveniente y será citado por el periódico o por volantes.

SINDICATO DE TRABAJADORES EN GENERAL

Este Sindicato celebrará reuniones todos los Lunes a las 8 P. M.

El Directorio del Sindicato tendrá sus reuniones los Viernes a las 8 P. M.

El Secretario.

SINDICATO DE JENTE DE MAR Y PLAYA

Pone en conocimiento a sus afiliados este Sindicato que, sus reuniones se efectuarán el primer y el tercer Domingo de cada mes, a las 2 p. m.

—El Directorio se reúne el primer y tercer Sábado de cada mes a las 8 p. m.

NOTA:—El Sindicato de mar y Playa, en su última reunión efectuada el tercer Domingo de Setiembre ppdo., en vista de que la asistencia a las asambleas es de extrema escases de afiliados, aprobó castigar a los reacios según los métodos disciplinarios que han dispuesto las Asambleas.

Camaradas: ruegoles en lo futuro asistir a las reuniones para que así hagamos obra y nos salvemos de las medidas disciplinarias dispuestas por el Sindicato.

El Secretario.

Aviso

Se pone en conocimiento de los compañeros esquiladores que no se hayan afiliado al Sindicato, ya sea por no tener conocimiento de su fundación o cualquier otro motivo, pueden pasar a inscribirse a la Secretaría todos los días de 8 a 9 P. M.

El Secretario.